

# DIVERSAS ENSEÑANZAS DE NUESTRO SANTO PADRE DOROTEO A SUS DISCIPULOS

Cuando dejó el monasterio de abba Séridos y fundó, con la ayuda de Dios, su propio monasterio, después de la muerte de abba Juan el Profeta, y de la reclusión definitiva de abba Barsanufio.

## PRIMERA PARTE

### I CONFERENCIA: ACERCA DEL RENUNCIAMIENTO

1. En el principio Dios creó al hombre y *lo puso en el paraíso*, como dice la Sagrada Escritura (Gn 2,15). Después de haberlo dotado de todo tipo de virtud le dio el precepto de no comer del árbol que se encontraba en el medio del paraíso (Gn 2,16-17). Y el hombre vivía en las delicias del paraíso, en la oración y en la contemplación, colmado de gloria y honor (Sal 8,6), y poseía la integridad de sus facultades en el estado natural en que había sido creado. Dios hizo al hombre a su imagen (Gn 1,27) es decir inmortal, libre y dotado de toda virtud. Pero al transgredir el precepto y comer del árbol del cual Dios le había prohibido, fue expulsado del paraíso.

Caído de su estado natural se encontró en el estado contrario a su naturaleza, esto es, en el pecado, en el amor de la gloria y de los placeres de esta vida, y demás pasiones que lo dominaban. Se hizo esclavo de ellas por su transgresión. El mal fue en aumento progresivamente, y *reinó la muerte* (Rm 5,14). En ningún lugar se rendía culto a Dios y se lo ignoraba en todas partes. Como dijeron los Padres, sólo algunos hombres, inspirados por la ley natural, conocieron a Dios: Abrahán y los otros Patriarcas, Noé y Job. Pero eran muy pocos y raros los que conocían a Dios. Entonces el Enemigo desplegó toda su maldad y *fue el reino del pecado* (Rm 5,21). Entonces se extendieron la idolatría, el politeísmo, la magia, las matanzas y los otros maleficios del diablo.

2. Pero finalmente, el Dios de bondad tuvo piedad de su creatura y le dio la ley escrita, a través de Moisés. En ella prohibía ciertas cosas y ordenaba otras: Haz esto, no hagas aquello. Les dio los mandamientos y agregó: *El Señor Dios es el único Señor* (Dt 6,4), con el objeto de alejar del politeísmo sus

almas. Y también: *Amarás al Señor tu Dios con toda tu alma y con todo tu espíritu* (Dt 6,5). Con ello declara que Dios es único y que no hay ningún otro, pues al decir: *Amarás al Señor tu Dios* muestra que es el único Dios y el único Señor. Dice también en el Decálogo: *Adorarás al Señor tu Dios, y sólo a El servirás. Te unirás a El y jurarás por su nombre* (Dt 6,13). Y finalmente: *No tendrás otros dioses, ni ninguna imagen de lo que está arriba, en el cielo, ni de lo que está abajo, en la tierra* (Dt 5,7-8), pues adoraban a todas las créaturas.

3. El Dios de bondad dio la ley para socorrer, para convertir y para corregir el mal. Pero el mal no fue corregido. Envió a los profetas, pero ni ellos pudieron hacer algo, pues el mal sobrepasaba todo límite. Según palabras de Isaías: *No hay herida, ni magulladura, ni llaga viva; no es posible aplicar ungüento, ni aceite, ni vendas* (Is 1,6). Dicho de otro modo, el mal no es parcial, ni localizado, sino disperso por todo el cuerpo. Abarca el alma entera, y afecta a todas sus facultades. *No es posible aplicar ungüento, etc.*, porque todo está sometido al pecado, todo está en su poder. Jeremías dice también: *Hemos cuidado a Babilonia, pero ella no se curó* (Jr 51,9), cómo si dijese: hemos manifestado tu nombre; proclamamos tus mandamientos, tus beneficios, tus promesas anunciamos a Babilonia el ataque de los enemigos, pero *ella no se curó*, es decir, no se arrepintió, no tuvo miedo, no se apartó de su malicia. Dice también en otra parte: *No han aceptado la enseñanza* (Jr 2,30), es decir, la advertencia, la instrucción. Y en el salmo: *Su alma aborrecía todos los manjares, y ya tocaban las puertas de la muerte* (Sal 106,18).

4. Fue entonces cuando, en su bondad y su amor por los hombres, Dios envió a su Hijo único (cf. Jn 3,16), pues sólo Dios podía curar y vencer tal mal. Los profetas no lo ignoraban. David lo decía claramente: *Tú que te sientas sobre Querubines, muéstrate. Despierta tu poder y ven a salvarnos* (Sal 79,2-3). *Señor, inclina los cielos y desciende* (Sal 143,5), y tantas otras palabras semejantes. Todos los profetas, cada uno a su manera, también levantaron su voz, ya sea para suplicarle que viniera, ya sea para decir que estaban seguros de su venida.

Vino entonces nuestro Señor, haciéndose hombre por nuestra causa, *para sanar dice san Gregorio<sup>1</sup>, lo semejante por lo semejante, el alma por el alma, la carne por la carne. Porque se hizo hombre en todo, menos en el pecado.* Tomó nuestra misma sustancia, las primicias de nuestra naturaleza, y pasó a ser un nuevo Adán a la imagen de Aquel que lo había creado (Col 3,10), restaurando el estado natural del hombre, y dando a sus facultades su integridad primigenia. Como hombre renovó al hombre caído, y lo libró de la esclavitud que lo

<sup>1</sup> S.GREG. NAC., *Orat.* 28,13 PG 36, 325B.

arrastraba violentamente hacia el pecado. Porque es por una violencia tiránica por lo que el hombre es arrastrado por el enemigo. De donde los mismos que querían evitar el pecado eran como forzados a cometerlo. Como lo dice el Apóstol en nombre nuestro: *El bien que quiero no lo hago; y el mal que no quiero lo realizo* (Rm 7,19).

5. Dios, hecho hombre por nosotros, ha librado al hombre de la tiranía del enemigo. Ha destrozado todo su poder, ha roto su fuerza y nos ha sustraído a su dominio y esclavitud, siempre que nosotros no consintamos en pecar. Pues nos ha dado, como El ha dicho, *la virtud de pisotear serpientes, escorpiones y todo el poder del enemigo* (Lc 10,19), al purificarnos de toda falta por el santo bautismo. El santo bautismo, en efecto, perdona y borra todos los pecados. Y además, conociendo nuestra debilidad y previendo que, aun después del bautismo cometeríamos todavía más pecados (¿no está acaso escrito: *el espíritu del hombre es arrastrado al mal desde su juventud?* Gn 8,21), Dios, en su bondad, nos ha dado sus santos mandamientos que nos purifican. De este modo, si lo queremos, podemos ser purificados de nuevo por la práctica de los mandamientos, y no sólo de nuestros pecados, sino también de nuestras pasiones. Pues las pasiones son diferentes de los pecados. Las pasiones son la cólera, la vanagloria, el amor a los placeres, el odio, los malos deseos, y todas las inclinaciones de ese tipo. Los pecados, en cambio, son los mismos actos de las pasiones, cuando se ponen en práctica y se realizan corporalmente las obras imperadas por las pasiones. Pues, ciertamente, es posible tener pasiones y no ponerlas en acción.

6. Dios nos ha dado, como lo he dicho, los preceptos que nos purifican de nuestras mismas pasiones, y de las malas disposiciones de nuestro hombre interior (cf. Rm 7,22; Ef 3,16). El nos da el discernimiento del bien y del mal. Nos hace tomar conciencia y nos muestra las causas de nuestros pecados: *La Ley decía: no cometerás adulterio; pero yo digo: no tengas malos deseos* (Mt 5,27; cf. Ex 20,14). *La Ley decía: no matarás; pero yo digo: no te irrites* (Mt 5,21; cf. Ex 20,13). Pues si tienes malos deseos, aunque no estés cometiendo adulterio, la codicia no cesará de trabajarte interiormente hasta llevarte al acto mismo de adulterio. Si te irritas y excitas contra tu hermano llegará el momento en que hablarás mal de él, luego le tenderás trampas, y así, de a poco, llegarás al asesinato mismo.

La Ley decía también: *Ojo por ojo, diente por diente, etc.* (Ex 21,24). Pero el Señor nos exhorta no sólo a recibir con paciencia el golpe del que nos abofetea, sino incluso a presentarle humildemente la otra mejilla (Cf. Mt 5, 38-39). Esto se debe a que el fin de la ley era enseñarnos a no hacer lo que no queríamos que nos hicieran. Nos impedía hacer el mal por el temor de sufrirlo. Pero lo que se nos pide ahora, lo repito, es expulsar el odio mismo, el amor al placer, el amor a la gloria y las otras pasiones.

7. En una palabra, el deseo de Cristo, nuestro Maestro, es mostrarnos de qué manera hemos llegado a cometer todos esos pecados, cómo hemos caído en tales males. Para ello nos libró primeramente por el santo bautismo, como ya he dicho, concediéndonos la remisión de nuestros pecados. Después nos ha dado el poder de hacer el bien, si lo deseamos, y de no ser nunca más arrastrados por la fuerza hacia el mal, pues los pecados oprimen y arrastran a aquel que los comete, tal como dice la Escritura: *Cada uno se encierra en los lazos de sus propias faltas* (Pr 5,22). Después de ello, el Señor nos enseña en sus santos mandamientos cómo purificarnos de nuestras pasiones, a fin de que éstas no nos hagan caer en los mismos pecados. Y, finalmente, nos muestra el motivo por el que hemos llegado al desprecio y transgresión de los preceptos de Dios; de esta manera, nos da el remedio para que podamos obedecer y ser salvados. ¿Cuál es ese remedio y cuál es el motivo de ese desprecio? Escuchen lo que dice Nuestro Señor: *Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y encontraréis reposo para vuestras almas* (Mt 11,29). Brevemente, con una sola palabra nos muestra la raíz y la causa de todos los males junto con su remedio, fuente de todos los bienes; nos manifiesta que es nuestra propia exaltación la que nos ha hecho caer, y que es imposible obtener misericordia si no es por la disposición contraria, que es la humildad. La exaltación de hecho engendra el desprecio y la funesta desobediencia, mientras que la humildad engendra la obediencia y la salvación de las almas. Por ello entiendo una humildad verdadera, no un simple rebajarse con palabras o actitudes, sino una disposición verdaderamente humilde, en lo íntimo del corazón y del espíritu. Es por eso que el Señor dice: *que soy manso y humilde de corazón*.

8. ¿Que aquel que quiera encontrar el verdadero reposo para su alma aprenda entonces la humildad! Podrá comprobar que en ella se encuentran la alegría, la gloria y el reposo, así como en el orgullo se encuentra todo lo contrario. En efecto ¿cómo hemos llegado a todas estas tribulaciones? ¿Por qué hemos caído en todas estas miserias? ¿No es acaso a causa de nuestro orgullo, de nuestra locura? ¿No es por haber seguido nuestros torcidos propósitos, y por habernos aferrado a la amargura de nuestra voluntad? Y ¿por qué todo eso? ¿Acaso el hombre no fue creado en la plenitud del bienestar, del gozo, de la paz y de la gloria? ¿No estaba en el paraíso? Se le dijo: *No hagas eso, y lo hizo*. ¿Ven el orgullo? ¿Ven la arrogancia? ¿Ven la insumisión?

Al ver Dios tal desobediencia dice: *El hombre está loco, no sabe ser feliz; si no pasa por días malos se perderá completamente. Si no aprende lo que es la aflicción no sabrá lo que es el reposo*. Entonces Dios le dio lo que merecía, echándolo del paraíso. Fue librado a su egoísmo y a su voluntad propia a fin de que, al quebrarse los huesos, aprendiese a no seguir más sus propios criterios, sino el precepto de Dios. De esta manera, la miseria de la desobediencia le enseñaría el reposo de la obediencia, según la palabra del profeta: *Tu rebeldía te instruirá* (Jr 2,19).

Pero Dios, por su bondad, no abandonó a la creatura y, como lo he repetido tantas veces, se volvió hacia ella y la llamó nuevamente: *Venid a mí todos los que estáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré* (Mt 11,28). Es decir: *Estáis fatigados, no sois felices. Habéis experimentado el daño que produjo vuestra desobediencia. Ahora convertíos; reconoced vuestra impotencia y vuestra confusión para alcanzar la paz y la gloria. Entonces vivid por la humildad ya que habéis muerto por el orgullo. "Aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y así encontraréis el descanso para vuestras almas"* (Mt 11,29).

9. ¡Oh, hermanos míos, qué no ha hecho el orgullo! y ¡qué poder posee la humildad! ¿Había necesidad de tantas idas y venidas? Si desde el principio el hombre hubiese sido humilde y obedecido a los mandamientos, no hubiese caído. Y después de su falta Dios le volvió a dar una ocasión para arrepentirse y así alcanzar misericordia. Pero el hombre mantuvo la cabeza erguida. En efecto, Dios se acercó para decirle: *¿Dónde estás, Adán?* (Gn 3,9), es decir: *¿de qué gloria has caído?, ¿en qué miseria?* Y después le preguntó: *¿Por qué has pecado? ¿Por qué has desobedecido?*, buscando con ello que el hombre le dijera: *¡Perdóname!* Pero, ¿dónde está ese *perdóname*? No hubo ni humillación ni arrepentimiento, sino todo lo contrario. El hombre le respondió: *La mujer que Tú me has dado me engañó* (Gn 3,12). No dijo: *mi mujer*, sino: *la mujer que Tú me has dado*, como si dijera: *La carga que Tú me has puesto sobre mi cabeza*. Así es, hermanos: cuando el hombre no acostumbra a echarse la culpa a sí mismo, no teme ni siquiera acusar al mismo Dios. Entonces Dios se dirigió a la mujer y le dijo: *¿Por qué no has guardado lo que te había mandado?*, como queriendo decirle: *Al menos tú di: Perdóname, y así tu alma se humille y alcance misericordia*. Pero tampoco recibió el *perdóname*. La mujer por su parte le respondió: *La serpiente me ha engañado* (Gn 3,13), como queriendo decir: *Si él ha pecado ¿por qué voy a ser yo la culpable?* ¡Qué hacen, desdichados! ¡Al menos pidan disculpa! Reconozcan su pecado. ¡Tengan compasión de su desnudez! Pero ninguno de los dos se quiso acusar, y ni uno ni otro mostró el menor signo de humildad.

10. Ahora pueden ver claramente a qué situación hemos llegado y cuántos males nos ha causado la costumbre de autojustificarnos, la confianza en nosotros mismos y el apego a la voluntad propia. Todos estos son distintos brotes del orgullo, el enemigo de Dios. En cambio la humildad engendra la acusación de sí mismo, la desconfianza en el propio juicio, y el desprecio de la voluntad propia, los cuales nos permiten volver al estado natural de nuestra alma, a través de la purificación que producen los santos mandamientos de Cristo. Ello se debe a que sin humildad es imposible obedecer a los mandamientos y alcanzar algún bien, como dice abba Marcos: *Sin contrición en el corazón es imposible apartarse del mal y más difícil todavía adquirir alguna*

*virtud*<sup>2</sup>. Es por la contrición del corazón como acogemos los mandamientos, nos apartamos del mal, adquirimos las virtudes y llegamos al reposo del alma.

11. Esto es cosa sávida de los santos. Por una vida entera de humildad buscaron unirse a Dios. Hubo amigos de Dios que después del santo bautismo no sólo renunciaron a los actos a los que los impulsaban las pasiones, sino que también quisieron vencer a las pasiones mismas, llegando a la impasibilidad: así san Antonio, Pacomio y otros Padres inspirados de Dios. Teniendo como meta purificarse de *toda mancha de la carne y del espíritu*, como dice el Apóstol (2 Co 7,1), y sabiendo como ya lo hemos dicho, que por el cumplimiento de los mandamientos se llega a la purificación del alma, y que el espíritu purificado recobra, por decirlo así, la vista, y vuelve a su estado natural (¿acaso no está escrito: *Los mandamientos del Señor son puros e iluminan los ojos?* Sal 18,9), los Padres comprendieron que eso no podrían alcanzarlo con facilidad quedándose en el mundo. Por ello concibieron para ellos una vida apartada, una conducta especial, es decir la vida monástica, y así empezaron a abandonar el mundo para habitar en los desiertos, viviendo en medio de ayunos, incomodidades, vigiliias y otras mortificaciones en una total renuncia a su patria, a sus familiares, a las riquezas y los demás bienes.

En una palabra, crucificaron al mundo en sí mismos. Pero no sólo guardaron lo mandado, sino que ofrecieron regalos espontáneos de la siguiente manera: los mandamientos de Cristo fueron dados para todos los cristianos, y todo cristiano está obligado a cumplirlos. Son, por así decir, como los impuestos del rey. El que no pague los impuestos al rey, ¿podrá escapar a su castigo? Pero en el mundo hay grandes e ilustres personajes que, no contentos con sólo pagar los impuestos al rey, le hacen regalos, y por ello merecen grandes honores, favores y dignidades.

12. Y es por esta razón por lo que los Padres, no contentos con guardar los mandamientos, ofrecieron también regalos a Dios; esos regalos son la virginidad y la pobreza. En realidad no son mandamientos sino regalos. En ninguna parte está escrito: *No tomarás mujer ni tendrás hijos*. Cristo no dio un mandamiento cuando dijo: *Vende todo lo que posees*. Pero sí cuando el doctor de la Ley le preguntó: *Maestro, ¿qué debo hacer para ganar la vida eterna?*, El le respondió: *Conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no darás falso testimonio contra tu prójimo, etc.* Pero al decirle que todo eso ya lo había guardado desde su juventud, Cristo le dijo: *Si quieres ser perfecto, vende todo lo que posees, dáselo a los pobres, etc.* (Mt 19,16-21). Fíjense que no dijo: *Vende todo lo que posees* como una orden, sino como un consejo. Porque decir: *Si quieres*, no es obligar sino aconsejar.

<sup>2</sup> MARCOS el ERMITAÑO, *De his qui putant...* 197 PG 65, 961.

13. Decimos entonces que los Padres ofrecen a Dios como regalo, además de otras virtudes, la virginidad y la pobreza y, como dijimos más arriba, crucificaron el mundo para sí mismos y lucharon por crucificarse ellos también para el mundo, según lo dicho por el Apóstol: *El mundo está crucificado para mí y yo lo estoy para el mundo* (Ga 6,14). ¿Cuál es la diferencia? El mundo está crucificado para el hombre cuando éste renuncia al mundo para vivir en la soledad, y abandona parientes, riquezas, bienes, ocupaciones, trabajos. Entonces el mundo está crucificado para él porque él lo ha abandonado. Y eso es lo que dice el Apóstol: *El mundo está crucificado para mí*. Pero después agrega: *Y yo lo estoy para el mundo*. ¿Cómo se crucifica el hombre para el mundo? Cuando después de abandonar las cosas exteriores, lucha contra los placeres y la codicia de las cosas, así también como contra su propia voluntad, mortificando sus pasiones. Entonces está crucificado para el mundo, y puede decir con el Apóstol: *El mundo está crucificado para mí y yo lo estoy para el mundo*.

14. Los Padres, tal como decimos, después de haber crucificado el mundo para sí mismos, se esforzaron por sus combates en crucificarse ellos mismos para el mundo. Nosotros, en cambio, decimos haber crucificado el mundo para nosotros mismos por el hecho de venir al monasterio, pero nos oponemos a crucificarnos nosotros mismos para el mundo. Todavía gozamos con los placeres, tenemos sus apegos, nos atrae su gloria, el gusto de los alimentos y de los vestidos. Si vemos una herramienta que nos gustá, enseguida nos apegamos a ella. Dejamos que ese objeto de poco valor tenga para nosotros un valor grandioso, tal como dice abba Zósimo<sup>3</sup>. Sólo en apariencia al venir al monasterio hemos dejado el mundo y abandonado lo que a él le pertenece, porque por cualquier insignificancia en seguida retomamos sus apegos. Es una gran locura el hecho de haber renunciado a cosas considerables para satisfacer luego nuestros apetitos con cosas que no tienen ningún valor. Cada uno de nosotros ha dejado lo que poseía en el mundo, grandes bienes, si es que los teníamos, o bien lo poco que nos pertenecía, cada uno según sus medios. Hemos entrado al monasterio y, como ya dije, allí buscamos satisfacer nuestros deseos con cosas miserables e insignificantes. No debemos obrar así. ¡Hemos renunciado al mundo y a las cosas del mundo!; de la misma manera debemos renunciar al apego de las cosas sensibles. Para eso es necesario saber lo que es la renuncia, el por qué hemos venido al monasterio y también qué significa el hábito que vestimos, a fin de comportarnos conforme a él y de luchar siguiendo el ejemplo de nuestros Padres.

<sup>3</sup> "Sucedé muchas veces que, después de haber despreciado cosas cuantiosas se apegan a un pequeño alfiler; y ese apego desordenado nos hace turbar y que ese pequeño alfiler ocupe el lugar de una gran cosa: pasamos a ser esclavos de ese pequeño alfiler, de la cogulla, del manto o del libro al que nos aferramos, en lugar de ser esclavos de Dios. Como ha dicho un sabio: Cuantas pasiones, tantos tiranos para el alma. Y el Señor: Donde esté tu tesoro, allí estará tu corazón." ZOSIMO, *Alloq.* 1,5 PG-78, 1689B.

15. El hábito que llevamos se compone de una túnica sin mangas, de un cinturón de cuero, de un escapulario y de una capucha. Todos ellos son símbolos, y debemos saber lo que significan.

¿Por qué llevamos una túnica sin mangas? ¿Por qué no tiene mangas, cuando todas las demás las tienen? Las mangas simbolizan las manos, y las manos significan la vida ascética. Por eso cuando nos viene el pensamiento de realizar con las manos alguna obra del hombre viejo, por ejemplo robar, golpear o cualquier otro pecado que se ejecuta con las manos, debemos estar atentos a que llevamos un hábito que no tiene mangas, es decir, que no tenemos manos para realizar las obras del hombre viejo.

Además nuestra túnica tiene una marca púrpura. ¿Qué significa esa marca? Todos los soldados que están al servicio del rey llevan púrpura sobre su manto. Ello se debe a que el rey lleva púrpura, y por eso todos los soldados ponen púrpura sobre su manto, es decir, la insignia real, para mostrar que pertenecen al rey y combaten para él. Nosotros también tenemos la marca de púrpura sobre nuestra túnica, para señalar que somos soldados de Cristo y que debemos soportar todos los sufrimientos que él ha padecido por nosotros. Durante la pasión nuestro Maestro llevó un manto de púrpura: primero como Rey, porque es "Rey de reyes y Señor de señores" (Ap 19,16); después, porque fue burlado por los impíos. De esta manera al llevar púrpura profesamos, tal como lo he dicho, soportar todos los sufrimientos; y así como un soldado no abandona su estado para hacerse agricultor o comerciante (lo que significaría despreciar su profesión, pues según el Apóstol *ningún soldado que quiere satisfacer al que lo ha enrolado se deja llevar por las cosas de los civiles*, 2 Tm 2,4), de la misma manera nosotros debemos luchar para no tener ninguna preocupación por las cosas del mundo y dedicarnos totalmente a Dios, con asiduidad y sin distracción, tal como está dicho de quien es virgen (Cf. 1 Co 7,34-35).

16. También tenemos un cinturón: ¿Por qué llevamos un cinturón? El cinturón que vestimos significa que estamos prontos para trabajar. El que quiere trabajar comienza por ajustarse el cinto; y después se pone manos a la obra, según lo dicho: *Que vuestra cintura esté ceñida* (Lc 12,35). Por otra parte, al estar hecho con cuero muerto, nos da a entender que debemos mortificar nuestro amor a los placeres. Esto se debe a que el cinto se coloca sobre las caderas y es allí donde están los riñones, en los cuales según se dice, se encuentra localizada la fuerza concupiscible del alma. Eso es lo que dice el Apóstol: *Mortificad vuestros miembros terrenos, la fornicación, la impureza, etc.* (Col 3,5).

17. También tenemos un escapulario. Se coloca sobre los hombros en forma de cruz. Ello significa que cargamos sobre nuestras espaldas el signo de la cruz, según lo dicho: *Toma tu cruz y sígueme* (Mt 16,24). Y ¿qué es esa cruz sino la muerte perfecta que logra en nosotros nuestra fe en Cristo? Porque; como dice

el libro de los Ancianos<sup>4</sup>: *La fe supera todos los obstáculos, y nos hace fácil la ascésis*, la cual nos lleva a esa muerte perfecta que consiste en morir a todo lo que es de este mundo, es decir, después de haber abandonado a nuestros parientes, debemos luchar contra el afecto que nos une a ellos; después de haber abandonado las riquezas, todos los bienes y todas las cosas, debemos abandonar también la atracción que siguen ejerciendo sobre nosotros. Ese es el perfecto renunciamiento.

18. También llevamos una capucha. Es un símbolo de la humildad. Son los niños, que son inocentes, los que llevan capucha, no los adultos. Por eso al llevarla quereamos ser como los niños en cuanto a la malicia, según lo que dice el Apóstol: *No seáis niños en cuanto a la inteligencia, sino en cuanto a la malicia* (1 Co 14,20): ¿Qué significa ser niño en cuanto a la malicia? Los niños al no tener malicia no se encôlerizan cuando son injuriados, ni sufren de vanidad cuando los felicitan. No se enojan cuando tomamos sus cosas, porque son niños para la maldad. No retienen ninguna pasión, ni exigen que se los honre.

Pero la capucha también es un símbolo de la gracia de Dios. Al igual que la capucha protege y mantiene el calor en la cabeza del niño, de la misma manera la gracia divina protege nuestra alma, como dice el libro de los Ancianos: *La capucha es símbolo de la gracia de Dios nuestro Salvador, que protege la parte más sublime del alma y cubre de cuidados nuestra infancia en Cristo contra todos los que intentan golpearla o dañarla*<sup>5</sup>.

19. Al tener sobre la cadera el cinturón que significa la mortificación de los apetitos irracionales; teniendo sobre los hombros un escapulario que es la cruz, y sobre la cabeza una capucha, símbolo de la inocencia y de la infancia en Cristo, *vivamos conforme a nuestro hábito, tal como lo dicen los Padres, para no llevar una vestidura que nos sea extraña*<sup>6</sup>. Si hemos abandonado las grandes cosas, hagamos lo mismo con las pequeñas: Si hemos abandonado el mundo, dejemos también sus afectos porque, tal como hemos dicho antes, sin que nos demos cuenta nos atan al mundo a través de cosas ínfimas y miserables, que no merecen ningún interés de nuestra parte.

20. Si queremos ser completamente libres, comencemos a negar nuestra voluntad propia, y de esta manera, poco a poco, llegaremos con la ayuda de Dios a despojarnos verdaderamente. Nada hay tan provechoso para el hombre cómo

<sup>4</sup> EVAGRIO, *Tratado Práctico*, Prol. 4. PG 40, 1221A. El simbolismo del hábito lo ha tomado Doroteo sobre todo de esta obra de Evagrio, publicada en CCMM n.º 37 p. 232.

<sup>5</sup> EVAGRIO, *Tratado Práctico*, Prol. 2. PG 40, 1220C.

<sup>6</sup> Apôtég. NAU 55 PL 73, 933A.

el negar su voluntad propia. Por este camino progresamos más allá de toda virtud. El que anda por esta vía de la negación de la voluntad propia se asemeja al viajante que encuentra un atajo por el cual se ahorra gran parte del camino. Ello se debe a que negando nuestra voluntad alcanzamos el desapego de las cosas, y por este desapego, con el auxilio de Dios, llegaremos a la impasibilidad.

Por este medio es posible llegar en un breve espacio de tiempo a negar diez inclinaciones de nuestra voluntad. Y este es el modo: un hermano se encuentra dando una vuelta y ve alguna cosa. Su pensamiento le dice: *mirala*, pero él responde: *no, no miraré*. Niega su voluntad y no mira. Después se encuentra con unos hermanos que están hablando y su pensamiento le sugiere: *tú también puedes decir algo*. Pero niega su voluntad y no habla. Pero le viene otro pensamiento que le dice: *Ve a ver al cocinero y preguntale qué está preparando*. Pero no va sino que niega su voluntad. Luego, por azar, ve un objeto, y le interesa saber quién lo ha traído. Niega su voluntad y no pregunta. De esta manera, por las sucesivas negaciones de su voluntad va adquiriendo un hábito, y de las pequeñas cosas pasa a negarse en las grandes con gran tranquilidad. De esta manera llega a no tener más voluntad propia: Cualquier cosa que sucede le agrada, como si viniese de su propia voluntad. Y de esta manera, no queriendo en nada hacer su voluntad, encuentra que la hace en todas las cosas. Todo lo que le sucede y que no depende de él le resulta provechoso. De este modo se encuentra sin ningún apego y por ese despojamiento, como ya he dicho, llega a la impasibilidad.

21. Tengan en cuenta qué progresos se pueden realizar por medio de la negación de la voluntad propia. Fíjense, si no, en el bienaventurado Dositeo. Provenía de una vida relajada y sensual, y no había oído hablar ni una palabra acerca de Dios. Sin embargo, todos ustedes conocen las cumbres a que lo llevó en poco tiempo la fiel práctica de la obediencia y la negación de la voluntad propia. También todos ustedes saben cómo Dios lo ha glorificado y no ha permitido que tal virtud cayese en el olvido. Dios se lo ha revelado a un anciano que vio a Dositeo en medio de todos los santos, gozando de su felicidad.

22. Les voy a contar también otro suceso, del cual fui testigo, para que vean cómo la obediencia y el rechazo de la voluntad propia pueden librar a un hombre de la misma muerte. Estando yo en el monasterio de abba Séridos, vino un discípulo de un gran anciano de la región de Ascalón para cumplir un encargo de su abba. Este le había dado la orden de que esa misma tarde volviera a su celda. Pero sucedió que se desató una gran tormenta, con lluvias torrenciales y grandes truenos. Un río vecino estaba en plena crecida. A pesar de todo el hermano quiso partir, por la orden que había recibido de su Anciano. Nosotros le insistimos en que se quedara, porque consideramos imposible que pudiera cru-

zár el río y salir sano y salvo; pero él no se dejaba convencer. Entonces nos dijimos: *Acompañémosle hasta el río. Cuando lo vea, él mismo se convencerá.* Salimos entonces con él. Al llegar al río el hermano se alzó sus vestidos, los ató sobre su cabeza, se ciñó un manto y se echó al río en medio de una terrible correntada. Nosotros permanecemos mudos de estupor, temiendo por su vida, pero él continuaba nadando y enseguida llegó a la otra orilla. Tomó nuevamente sus vestidos, nos hizo de lejos una reverencia, se despidió y salió corriendo. Nosotros quedamos estupefactos y llenos de admiración al ver el poder de la virtud. Mientras nosotros temíamos y no veíamos ninguna posibilidad, él atravesó el río sin ningún peligro, gracias a su obediencia.

23. Algo similar le sucedió a un hermano cuyo abba lo había enviado a la ciudad por unos encargos que debía realizar con su proveedor. Al verse incitado al mal por la hija de éste, sólo dijo: *Oh Dios, por las oraciones de mi padre ¡librame!* Inmediatamente se encontró en la ruta que llevaba a Escete, volviendo a lo de su padre.<sup>7</sup> Ese es el poder de la virtud, ese es el poder de una palabra. ¡Qué seguridad otorga recurrir a las oraciones de su padre espiritual! Porque el hermano dijo: *¡Oh Dios, librame por las oraciones de mi padre!* y enseguida se encontró en el camino de regreso. Consideren la humildad y la prudencia de los dos. Estaban en un apuro y el anciano quiso enviarlo al que le hacía sus comisiones. No le dijo: *Ve*, sino: *¿Quieres ir?* De la misma manera el hermano no le respondió: *Voy*, sino: *Haré lo que tú quieras.* Rechazaba dos cosas: las ocasiones de una caída y la desobediencia a su padre. Más tarde, al hacerse más apremiante la necesidad, el anciano le dijo: *Ve, ponte en camino*, y no le dijo: *Confío en que mi Dios te protegerá*, sino: *Confío en que será protegido por las oraciones de mi padre.* Igualmente en el momento de la tentación el hermano no dijo: *Dios mío ¡sálvame!*, sino: *Oh Dios, por las oraciones de mi padre ¡sálvame!* Cada uno puso su esperanza en las oraciones de su padre.

Fíjense cómo se unieron la humildad con la obediencia. Del mismo modo que en el tiro de un carro ninguno de los dos caballos puede adelantarse al otro, pues se rompería el carro, así la humildad debe ir a la par de la obediencia. Y ¿cómo se puede obtener esa gracia sino, tal como he dicho, haciéndose violencia, negando su voluntad propia y abandonándose a Dios a través de su padre sin dudar jamás, haciendo como esos dos hermanos, con la total seguridad de estar obedeciendo a Dios? Seremos así dignos de obtener misericordia y ser salvados.

24. Se cuenta<sup>8</sup> que un día san Basilio, visitando sus monasterios, preguntó a uno de los superiores: *¿Tienes algún hermano que esté en el camino de la salva-*

<sup>7</sup> Apoteg. AMUN 3 PG 65, 128D.

<sup>8</sup> Apoteg. BASILIO I PG 65, 137B.-

ción? A lo que respondió el abba: *Señor, gracias a tus oraciones todos esperamos ser salvados.* Pero el santo volvió a preguntar: *¿Tienes a alguno que esté en el camino de la salvación?* Entonces el abba comprendió, porque él también era un hombre espiritual, y le respondió: *Sí. Tráemelo,* le dijo el santo. El hermano llegó y el santo le dijo: *Dame algo para lavarme.* El hermano salió y le trajo lo necesario. Después de lavarse, san Basilio tomó la jarra y le dijo al hermano: *Lávate también tú.* Sin discutir el hermano se lavó con el agua que le vertió el santo. Después de esta prueba, san Basilio le dijo también: *Cuando entre en la iglesia hazme acordar de que te imponga las manos.* Y el hermano obedeció sin discutir. Cuando vio a san Basilio en la iglesia se lo hizo recordar. El obispo le impuso las manos y se lo llevó con él. *¿Qué otro hubiese merecido más que este hermano el poder vivir junto a este santo hombre de Dios?*

25. En cambio, ustedes, hermanos, no han hecho la experiencia de esa obediencia que no juzga, y entonces no conocen el descanso que se encuentra en ella. Un día interrogué al abba Juan, discípulo de Barsanufio: *Maestro, la Escritura dice que es por las muchas tribulaciones por lo que entraremos en el reino de los cielos* (Hch 14,22). *Pero yo noto que no tengo la menor tribulación. ¿Qué debo hacer entonces para no perder mi alma?* Decía esto porque yo no tenía ninguna tribulación ni preocupación. Si me venía algún pensamiento, tomaba mi tabla y le escribía al anciano (porque antes de entrar a servirlo lo interrogaba por escrito), y antes de terminar de escribir ya experimentaba el consuelo y el provecho. Y de ahí provenían mi despreocupación y mi paz. Sin embargo, por desconocer el poder de la virtud y al haber oído que es por muchas tribulaciones por lo que se debe entrar en el reino de los cielos, me inquietaba el no ser probado. Pero cuando le comuniqué mi temor al anciano, éste me dijo: *No te atormentes, tú no tienes problema. Todos los que se entregan a la obediencia de los Padres experimentan esa falta de problemas y ese descanso.*

## II CONFERENCIA: LA HUMILDAD

26. Dice un anciano: *Ante todo necesitamos humildad; y por cada cosa que nos dicen debemos estar dispuestos a decir: Perdón. Porque es por la humildad por lo que es aniquilado todo engaño de nuestro enemigo y adversario*<sup>1</sup>. Busquemos el sentido de este dicho del anciano. ¿Por qué nos dice: *Ante todo necesitamos humildad*, y no más bien: *Ante todo necesitamos la temperancia?* En efecto el Apóstol nos dice: *El atleta se priva de todo* (1 Co 9,25). ¿O por qué no dijo más bien: *Ante todo necesitamos el temor de Dios*, ya que la Escritura nos dice:

<sup>1</sup> Apoteq. ABBA ISAIAS PG 40, 1108.

*El principio de la sabiduría es el temor del Señor?* (Pr 15,27). ¿O por qué no dijo también: *Ante todo necesitamos la limosna, o la fe*, como en efecto está escrito: *Por las limosnas y la fe los pecados son purificados* (ibid.), o como nos dice el Apóstol: *Sin la fe es imposible agradar a Dios?* (Hb 11,6). Por lo tanto, *si es imposible agradar a Dios sin la fe, si por las limosnas y la fe son purificados los pecados, si el hombre se aparta del mal por el temor del Señor, si el principio de la sabiduría es el temor del Señor*, y finalmente *si el atleta se priva de todo*, ¿por qué dijo el anciano: *Ante todo necesitamos humildad*, dejando de lado todo aquello que es tan necesario? Porque lo que nos quiere enseñar es que, ni el temor de Dios, ni la limosna, ni la fe; ni la temperancia, ni ninguna otra virtud, puede existir sin la humildad. Y por ese motivo dice: *Ante todo necesitamos humildad; y por cada cosa que nos dicen debemos estar dispuestos a decir: Perdón. Porque es por la humildad por lo que es aniquilado todo engaño de nuestro enemigo y adversario.*

27. Fíjense bien hermanos, cuán grande es el poder de la humildad, qué eficaz es el decir: ¡Perdón! Pero, ¿por qué llamamos al diablo no sólo enemigo sino *adversario*? Se lo llama enemigo a causa de su odio insidioso al hombre y al bien; *adversario* porque se esfuerza en entorpecer toda obra buena: ¿Alguien quiere rezar? Pues él se opone y le pone trabas con los malos pensamientos; con alguna distracción obsesiva, con la acedia<sup>2</sup>. ¿Alguien quiere hacer limosna? Lo frena con la avaricia y el retraso. ¿Quiere otro velar? Se lo impide con la pereza y la negligencia. En síntesis, se opone a toda obra buena que emprendamos. Y es por eso por lo que no sólo se lo llama *enemigo* sino también *adversario*. De allí que digamos que *por la humildad es aniquilado todo engaño de nuestro enemigo y adversario.*

28. Realmente es grande la humildad. Todos los santos han marchado por este camino de la humildad, y acortaron por sus trabajos su trayecto, según está dicho: *Mira mi humildad y mis trabajos y perdona todos mis pecados* (Sal 24,18). Incluso por sí sola, como dice abba Juan<sup>3</sup>, la humildad puede conducirnos, aunque más lentamente. Humillémonos también nosotros un poco y seremos salvados. Aunque no podamos, por nuestra debilidad, realizar esfuerzos penosos, tratemos de humillarnos. Tengo confianza en que por

<sup>2</sup> Dorotheo; siguiendo la doctrina ascética de Evagrio Pónico, menciona la acedia como uno de los vicios capitales que combaten al monje, especialmente al solitario. Se identifica con la pérdida del gusto por las cosas espirituales, por la aversión a permanecer encerrado en la celda, por la falta de interés por el trabajo manual. A partir de san Gregorio Magno fue reemplazada por la envidia en la lista de vicios capitales.

<sup>3</sup> JUAN el PROFETA, *Carta 277*, dirigida a Dorotheo (PG 88, 1816A). La carta dice así: "El que tiene estas dos cosas (humildad y vida ascética) llegará pronto a la meta... Pero el que sólo tiene humildad llegará por cierto, aunque más lentamente."

la misericordia de Dios, lo poco que hayamos hecho con humildad, nos valdrá para estar entre los santos que han sufrido muchas penas en el servicio de Dios. Sí, verdaderamente somos débiles e incapaces de realizar tales esfuerzos, pero ¿no podemos acaso humillarnos?

29. Hermanos: ¡Feliz aquel que posee la humildad! La humildad es grande. Y aquel santo que dijo: *La humildad ni se irrita ni irrita a nadie*<sup>4</sup> describió muy bien al que posee una verdadera humildad. La ira no va con ella, porque la humildad se opone a la vanagloria y preserva al hombre de ella. Nos irritamos a causa de las riquezas y de los alimentos. ¿Cómo podemos entonces decir que *la humildad no se irrita, ni irrita a nadie*? Es que, como hemos dicho, la humildad es grande.

Es tan poderosa que atrae la gracia de Dios al alma y estando presente la gracia de Dios protege al alma contra esas dos pasiones graves. En efecto, ¿qué hay más grave que irritarse e irritar al prójimo? Ya lo decía Evagrió: *Es algo totalmente ajeno al monje el irritarse*<sup>5</sup>. Ya que el que se irrita si no es enseguida protegido por la humildad, cae poco a poco en un estado demoníaco<sup>6</sup>, perturbando a los demás y perturbándose a sí mismo. Por eso el anciano dice: *La humildad ni se irrita, ni irrita a nadie*.

30. Pero, ¿qué digo? ¿Solamente contra esas dos pasiones nos protege la humildad? Es más bien contra toda pasión y toda tentación contra lo que ella protege nuestra alma.

Quando a san Antonio le fue dado contemplar todos los lazos tendidos por el diablo, preguntó a Dios gimiendo: *¿Quién podrá librarse de ellos?* Y ¿qué le respondió Dios? *La humildad los vencerá*. Y ¿qué otra cosa admirable agregó Dios? *Y nada podrá contra ella*<sup>7</sup>. ¿Ven, hermanos, su poder? ¿Ven la gracia de una virtud? Verdaderamente no hay nada más poderoso que la humildad, nada la puede vencer. Si algo enojoso le sucede al humilde, enseguida se lo achaca a sí mismo, juzga que se lo ha merecido, no soporta el reprochar a otro por ello, ni busca culparlo. Sencillamente lo soporta sin perturbarse, sin abatirse, y en total calma. Por esto *la humildad ni se irrita, ni irrita a nadie*. Hizo bien el santo en decirnos: *Ante todo tenemos necesidad de humildad*.

<sup>4</sup> Apoteg. NAU 115, en "Revue de l'Orient Chrétien", 12 (1097), p.402. PL 73,1037A.  
<sup>5</sup> Este apotegma no es de Evagrió, sino que es atribuido a Macario en *Pablo Evergetinos* (PE) II, 35, p.112.

<sup>6</sup> La vida ascética es una lucha sobre todo contra los "pensamientos", pero ellos no son más que los medios por medio de los cuales los demonios luchan contra el monje. El triunfo del asceta, redundando en la "impasibilidad" del alma. El triunfo del demonio lleva al alma a este estado "demoníaco" descrito por Doroteo.

<sup>7</sup> Apoteg. ANTONIO.7 PG 65, 77AB; PL 73,785BC. \*

31: Hay dos clases de humildad, así como hay dos clases de orgullo: la primera clase de orgullo consiste en despreciar a su hermano, en no tenerlo en cuenta, como si no fuese nada, y en creerse superior a él. Si no procedemos de inmediato a vigilarnos estrictamente, caeremos poco a poco en la segunda especie, que consiste en exaltarse ante Dios mismo y atribuirse sus buenas obras a sí mismo y no a Dios. En verdad, hermanos, yo conocí a uno que había caído en ese miserable estado. Al principio, cuando un hermano le decía algo, él lo despreciaba y decía: *¿Quién es ese? No hay en el mundo como Zósimo y sus discípulos*. Después se puso a despreciar también a estos diciendo: *No hay como Macario*, y poco después: *¿Quién es Macario? No hay como Basilio y Gregorio*. Pero enseguida comenzó a despreciarlos también: *¿Quiénes son Basilio y Gregorio?*, decía. *No hay como Pedro y Pablo*. Ciertamente hermano, le dije, pronto despreciarás a Pedro y a Pablo. Créame, poco tiempo después comenzó a decir: *¿Quién es Pedro y quién es Pablo? No hay como la Santísima Trinidad*. Finalmente se levantó contra él mismo Dios y esa fue su ruina. Por esta razón, hermanos, debemos luchar contra la primera clase de orgullo, para no caer poco a poco en el orgullo total.

32. Existe también un orgullo mundano y un orgullo monástico. El mundano consiste en creerse más que su hermano porque se es más rico, más hermoso, mejor vestido o más noble que él. Cuando veamos que nos gloriamos en esas cosas, o bien de que nuestro monasterio sea el más grande o el más rico o el más numeroso, sepamos que todavía estamos en el orgullo mundano.

Lo mismo sucede cuando nos vanagloriamos de cualidades naturales: por ejemplo de tener una voz bella o salmodiar bien, o de ser hábil o de trabajar y servir correctamente. Estos motivos son más elevados que los primeros, aunque todavía se trata de orgullo mundano.

El orgullo monástico consiste en gloriarse de sus vigias, de sus ayunos, de su piedad, de sus observancias, de su celo, así como en humillarse por vanidad. Todo esto es orgullo monástico. Si no podemos evitar el enorgullecernos, conviene que este orgullo recaiga sobre cosas monásticas y no mundanas.

Hemos explicado, entonces, cuál es la primera especie de orgullo y cuál es la segunda; también hemos definido el orgullo mundano y el orgullo monástico. Mostremos ahora cuáles son las dos especies de humildad.

33. La primera consiste en considerar a su hermano como más inteligente que uno mismo y superior en todo; es decir, como decía un santo: *colocarse por debajo de todos*<sup>8</sup>; la segunda especie de humildad consiste en atribuir a Dios las

<sup>8</sup> Apoteg. NAU 323 PL 73, 967C. El Apotegma dice así: "Le preguntaron a un anciano: '¿Qué es la humildad?'. El respondió: 'Una gran obra, una obra divina. El camino de la humildad es este: dedicarse a la ascesis del cuerpo, considerarse entre los pecadores,

buenas obras. Esa es la perfecta humildad de los santos. Ella nace naturalmente en el alma como consecuencia de la práctica de los mandamientos. En efecto, miremos hermanos los árboles cargados de frutos: son los frutos los que doblegan y hacen bajar las ramas. Al contrario, la rama que no tiene frutos se yergue en el espacio y crece derecha. Incluso hay ciertos árboles cuyas ramas no dan frutos mientras se mantienen erguidas hacia el cielo<sup>9</sup>, pero si se les cuelga una piedra para guiarlas hacia abajo, entonces dan fruto. Lo mismo sucede con el alma: cuando se humilla da fruto, y cuanto más produce, más se humilla. Porque cuanto más se acerca a Dios, más pecadora se ve.

34. Recuerdo que un día hablábamos de la humildad y un hombre distinguido de Gaza, al oírnos decir que cuanto más nos acercamos a Dios, más pecadores nos vemos estaba, asombrado y decía: *¿Cómo es posible?* No comprendía y pedía una explicación. *Distinguido Señor*, le pregunté, *dígame, ¿quién piensa que es usted en la ciudad? Un gran personaje*, me respondió, *el primero de la ciudad. Si va a Cesarea, ¿por quién se tendrá allí? Por inferior a los grandes de ese lugar; ¿y si va a Antioquia? Me tendrá por un extranjero; ¿y en Constantinopla, junto al Emperador? Por un miserable. Así es*, le dije, *así sucede a los santos: cuanto más se acercan a Dios, se ven más pecadores*. Cuando Abraham vio al Señor se llamó *tierra y ceniza* (Gn 18,27). Isaías decía: *Oh, qué miserable e impuro soy* (Is 6,5). De la misma manera, cuando Daniel estaba en la fosa de los leones, al llegar Habacuc con la comida y decirle: *Toma la comida que Dios te envía*, ¿qué dijo Daniel? *El Señor se ha acordado de mí* (Dn 14,36-37). ¿Se dan cuenta, qué humildad tenía en su corazón? Estaba en la fosa, en medio de los leones que no le hacían ningún daño, y esto no sólo una primera vez sino una segunda también (cf. Dn 6 y 14), y a pesar de todo eso se admiraba y decía: *El Señor se ha acordado de mí*.

35. ¡Fíjense en la humildad de los santos, en la disposición de su corazón! Aun siendo enviados por Dios para socorrer a los hombres rechazaban y huían de los honores por humildad. Si se echa un harapo sobre un hombre vestido de seda, va a tratar de evitarlo para no ensuciar su precioso vestido. Igualmente los santos, revestidos de virtudes huyen de la gloria humana por temor de ser manchados. Por el contrario, los que desean la gloria se asemejan a un hombre desnudo que no cesa de buscar un trozo de tela o de cualquier otra cosa con la cual cubrir su indecencia. Así el que está desprovisto de virtudes busca la gloria de los hombres. Enviados por Dios para socorro del prójimo, los santos lo re-

colocarse por debajo de todos los demás'. El hermano respondió: '¿Qué significa colocarse por debajo de todos los demás?'. El anciano respondió: 'No mirar los pecados de los otros, sino mirar siempre los propios, y orar a Dios sin cesar' ". Doroteo cita este apotegma en forma parcial en n.37 y 153.

<sup>9</sup> Se refiere a los limoneros, tal como lo hace SAN JUAN CLIMACO en la *Escala espiritual* XXV (PG 88, 1000A).

chazaban por humildad. Moisés decía: *Te suplico que tomes a otro que sea capaz; yo soy torpe de palabra y se me traba la lengua* (Ex 4,10). Y Jeremías: *Soy muy joven* (Jr 1,6). Todos los santos, en general, han adquirido esa humildad, como lo hemos visto; por la práctica de los mandamientos. Cómo es ella o cómo nace en el alma, nadie lo puede expresar por palabras a quien no lo haya aprendido por experiencia. Nadie podría transmitirlo a otros con simples palabras.

36. Un día abba Zósimo hablaba acerca de la humildad, y un sofista que se encontraba allí, oyendo sus palabras, quiso saber el sentido exacto: *Dime*, le dijo, *¿cómo puedes creerte pecador? ¿No sabes que eres santo, que posees virtudes? ¡Bien ves que practicas los mandamientos! ¿Cómo, en esas condiciones, te puedes creer pecador?* El anciano, no encontrando una respuesta para darle le dijo: *No sé cómo decírtelo, ¡pero es así!* El sofista le insistía para que le diera una explicación. Pero el anciano, no encontrando cómo exponerle la cuestión, se puso a decir con santa simplicidad: *¡No me atormentes!; yo sé muy bien que es así.* Viendo que el anciano no sabía qué responder le dije: *¿No es acaso como sucede en la sofística y en la medicina? Cuando conocemos bien esas artes y las ponemos en práctica, vamos adquiriendo, poco a poco, por ese ejercicio mismo, una suerte de "habitus" de médico o de sofista. Nadie podría decir ni sabría explicar cómo le vino ese "habitus". Como dije, poco a poco e inconscientemente, el alma lo adquiere por el ejercicio de su arte. Lo mismo podemos pensar acerca de la humildad: de la práctica de los mandamientos nace una disposición de humildad, que no se puede explicar con palabras.* Al escuchar esto, abba Zósimo se llenó de alegría y me abrazó diciendo: *Has encontrado la explicación. Es como tú lo has dicho.* En tanto el sofista quedó satisfecho y admitió también el razonamiento.

37. Verdaderamente, ciertas palabras de los ancianos nos dejan entrever esa humildad, pero la disposición espiritual misma, nadie podría decir en qué consiste. Cuando abba Agatón estuvo cerca de su fin, los hermanos le dijeron: *Padre, ¿tú también sientes temor?* Y él respondió: *Sin ninguna duda he hecho todo lo posible para guardar los mandamientos, pero soy un hombre, y ¿cómo podría saber si mis obras agradaron a Dios? Porque uno es el criterio de Dios y otro el de los hombres*<sup>10</sup>. Fijense, hermanos, cómo este anciano nos ha abierto los ojos para entrever la humildad, y nos ha indicado un camino para alcanzarla. Pero cómo es ella, o cómo nace en el alma, ya lo he dicho muchas veces, nadie podría explicarlo, y tampoco puede descubrirlo por un razonamiento si el alma por sus obras, no ha merecido captarlo. Los Padres han dicho qué es lo que la obtiene. En el libro de los Ancianos<sup>11</sup> se cuenta que un hermano le preguntó a un anciano: *¿Qué es la humildad?* El anciano respondió: *La humildad es una*

<sup>10</sup> Apoteg. serie alfabética, AGATON 29 PG 65, 117B.

<sup>11</sup> Ver nota 8.

*obra grande y divina. El camino de la humildad son los trabajos corporales realizados "con sabiduría"; el tenerse por inferior a todos, y orar a Dios sin cesar. Ese es el camino de la humildad, pero la humildad misma es divina e incomprensible.*

38. Pero, ¿por qué se dice que los trabajos corporales llevan al alma a la humildad? ¿Cómo pueden los trabajos corporales ser virtud del alma?

Ya hemos dicho más arriba que tenerse por inferior a todos se opone a la primera clase de orgullo. ¿Cómo podría el que se pone por debajo de todos creerse más grande que su hermano, o exaltarse en cualquier cosa o acusar o despreciar a alguien? Lo mismo acerca de la oración continua. Es claro que ella se opone a la segunda clase de orgullo. Porque es evidente que el hombre humilde y piadoso, sabiendo que nada bueno se puede hacer en su alma sin el auxilio y la protección de Dios, jamás cesa de invocarlo para que tenga misericordia de él. Y él que ora a Dios sin cesar sabe cuál es la fuente de cualquier obra buena que realice y no podría en consecuencia sentir orgullo ni atribuirlo a sus propias fuerzas. Es a Dios a quien atribuye todas sus obras buenas, y no cesa de darle gracias e invocarlo, temiendo que la pérdida de su auxilio haga aparecer su debilidad y su impotencia. De este modo la humildad lo hace orar y la oración lo hace humilde, y cuanto más hace el bien, tanto más se humilla; y cuanto más se humilla más socorro recibe y progresa así por su humildad.

39. ¿Por qué se dice, entonces, que también los trabajos corporales procuran humildad? ¿Qué influencia puede tener el trabajo del cuerpo sobre una disposición del alma? Se lo voy a decir. Cuando el alma se apartó del precepto para caer en el pecado, la desdichada fue entregada, según dice san Gregorio<sup>12</sup>, a la concupiscencia y a la total libertad del error. Amó los bienes corporales y, en cierta manera, fue hecha una sola cosa con el cuerpo, transformándose toda ella en carne, según lo escrito: *Mi espíritu no permanecerá en esos hombres, pues son de carne* (Gn 6,3). De este modo, la desgraciada alma sufre con el cuerpo; ella queda afectada en sí misma por todo lo que el cuerpo hace. Por eso el anciano dice que incluso el trabajo corporal lleva a la humildad. De hecho, las disposiciones del alma no son las mismas en el hombre sano que en el enfermo; en el que tiene hambre que en el satisfecho. No son las mismas en un hombre montado a caballo que en el que está montado en un asno; en el que está sentado en un trono, que en el que está sentado en la tierra; en el que está muy bien vestido, que en el que está vestido miserablemente. Por lo tanto, el trabajo humilla el cuerpo, y cuando el cuerpo es humillado también el alma lo es con él; de tal manera que el anciano tenía razón al decir que incluso el trabajo corporal conduce a la humildad. Por eso Eyaqrio, al ser tentado de blasfemar, no ignorando en su sabiduría que la blasfemia viene del orgullo y que

<sup>12</sup> GREGORIO-NACIANCENO, *Orat.* 39, PG. 36, 341C.

la humillación del cuerpo trae la del alma, pasó cuarenta días sin entrar bajo techo, de tal forma que su cuerpo, cuenta el narrador, producía gusanos, como las bestias salvajes. Ese castigo no era para la blasfemia, sino para la humildad. El anciano ha hecho bien en decir que los trabajos corporales también conducen a la humildad. Que el Dios de bondad nos conceda la gracia de la humildad que libra al hombre de grandes males y lo protege de grandes tentaciones.

## V CONFERENCIA: EL PROPIO JUICIO

61. Está dicho en los Proverbios: *Aquellos que no tienen guía caen como las hojas; la salvación se encuentra en el mucho consejo.* (Pr 11,14)<sup>1</sup>. Examinemos, hermanos, la fuerza de éstas palabras y veamos lo que nos enseña la Escritura. En ella se nos pone en guardia contra la excesiva confianza en nosotros mismos, así como contra la ilusión de creernos suficientemente sagaces y por tanto capaces de dirigirnos a nosotros mismos. Tenemos necesidad de ayuda, tenemos necesidad de guías según Dios. Nada hay más desvalido ni más vulnerable que aquel que no tiene quién lo conduzca por el camino de Dios. ¿Qué nos dice, en efecto, la Escritura? *Aquellos que no tienen guía caen como las hojas.* La hoja al nacer siempre es verde, vigorosa, bella; después se va resecando poco a poco, luego cae y finalmente la pisamos sin fijarnos siquiera. Así sucede con el hombre que no tiene guía. Al comienzo manifiesta gran fervor por el ayuno, las vigili-  
as, la soledad, la obediencia y toda obra buena. Luego ese fervor se va apagando progresivamente al carecer de guía que lo alimenta e inflame, se va resecando insensiblemente, cae y acaba en manos de sus enemigos, que hacen de él lo que quieren.

De aquellos que, por el contrario, descubren sus pensamientos y buscan hacerlo todo con consejo la Escritura dice: *La salvación se encuentra en el mucho consejo.* Por *mucho consejo* no se quiere decir que es necesario consultar a todo el mundo, sino hacerlo en todo con aquel en quien debemos depositar nuestra plena confianza, no callando ciertas cosas y manifestando otras, sino revelando todo y en todo pidiendo consejo. Para el que obra así, *la salvación se encuentra en el mucho consejo.*

62. En efecto, si un hombre no confía todo lo que está en él, sobre todo si acaba de abandonar una vida de malos hábitos, el diablo descubrirá en él una voluntad propia o una autojustificación que le permitirá engañarlo. Porque cuando el diablo ve a alguno decidido a no pecar, no será tan tonto en su malicia, como para sugerirle directamente faltas manifiestas. No le dirá *ve a fornicar*, ni *ve a robar*. Porque sabe que estamos rechazando esas cosas y no nos hablará

<sup>1</sup> La misma cita usa PALADIO en *Historia Láusiac* 27,2 y CASIANO en *Col.* 2,4.

de eso que rechazamos. Pero si nos encuentra en posesión de una voluntad propia o de una autojustificación, por ahí nos engaña con bellas razones. De allí viene que también esté escrito: *El malvado hace el mal cuando se asocia a una autojustificación* (Pr 11,15). El Malvado es el diablo; él hace el mal cuando se asocia a una autojustificación, es decir cuando se asocia a nuestra presunción de tener razón. Porque entonces él es más fuerte, puede obrar y dañarnos más. Cada vez que nos aferramos obstinadamente a nuestra propia voluntad y nos fiamos de nuestras razones, pensando obrar bien, nos tendemos lazos a nosotros mismos y no sabemos que vamos a nuestra perdición. Porque, en efecto, ¿cómo podremos conocer la voluntad de Dios, o buscarla verdaderamente, si depositamos en nosotros nuestra confianza y mantenemos firme nuestra propia voluntad?

63. Eso es lo que hacía decir a abba Poimén que la voluntad es un muro de acero entre el hombre y Dios<sup>2</sup>. Este es el sentido de esas palabras. Y agregaba: *Es una piedra de escándalo*, en cuanto se opone y obstaculiza la voluntad de Dios. Por lo tanto si un hombre renuncia a ella, también puede decir: *Por mí Dios yo atravesaré el muro. Mi Dios cuyo camino es intachable* (Sal 17,30-31). ¡Qué palabras admirables! En verdad, cuando se ha renunciado a la propia voluntad se ve sin obstáculo la voluntad de Dios. Pero si no lo hacemos, no podemos ver que el camino de Dios es intachable.

Recibimos una advertencia; enseguida nos enojamos, nos volvemos con desprecio, nos rebelamos. En efecto, ¿cómo podrá aquel que está apegado a su propia voluntad, escuchar a alguien ni seguir el menor consejo?

Abba Poimén habla también de la autojustificación: *Si la autojustificación presta su apoyo a la voluntad, eso se convierte en un mal para el hombre*. ¡Qué sensatez en las palabras de los santos! Esa unión de la autojustificación con la voluntad propia es un gran peligro, es realmente la muerte, es un gran mal. Para el desdichado que se deja atrapar, es la ruina completa. ¿Quién lo persuadirá de que otro sabe mejor que él lo que le conviene? Se abandonará totalmente a sus propios pensamientos y finalmente el enemigo lo engañará como quiera. Es por eso que está escrito: *El maligno obra el mal cuando se asocia a una autojustificación; él detesta las palabras que traen seguridad* (Pr 11,15).

64. Se dice que *detesta las palabras que traen seguridad* porque no sólo siente horror de la seguridad sino que no puede siquiera oír su voz y detesta sus palabras, es decir el hecho mismo de hablar para obtener seguridad.

Me explicó. Aquel que busca cerciorarse de la utilidad de lo que pretende hacer, no ha realizado aún nada, pero el enemigo, aun antes de saber si obser-

<sup>2</sup> Apoteg. POIMÉN 54 PG 65, 333-336.

vará o no lo que le sea aconsejado, muestra su odio al hecho mismo de preguntar y escuchar un consejo útil. Detesta el solo sonido de tales palabras y huye. ¿Por qué? Porque sabe que su maquinación será descubierta por el solo hecho de preguntar y de dialogar sobre la utilidad de lo que proyecta hacer. Nada detesta tanto como el ser reconocido, pues entonces no encuentra el medio de tender lazos como él quiere.

Que el alma se ponga en seguridad, revelando todo y escuchando de alguien competente: *Haz esto, no hagas aquello; tal cosa es buena, tal cosa es mala; eso es autojustificación, eso es voluntad propia*, o también: *No es el momento de hacer eso*, y otra vez: *ahora es el momento*; entonces el diablo no encontrará ocasión para hacer daño, ni para hacerlo caer, pues estará constantemente guiado y protegido por todas partes. Constatamos así, hermanos, que *la salvación se encuentra en el mucho consejo*. Esto es lo que el Maligno no quiere, sino que lo detesta. El busca hacer el mal y se alegra entonces más en aquellos que no tienen guía. ¿Por qué? Porque *caen como las hojas*.

65. Veamos cómo el Maligno amaba a ese hermano del cual decía a abba Macario: *Tengo un hermano que en cuanto me ve, cambia como el viento*<sup>3</sup>. El ama a esos monjes, encuentra sus delicias en aquellos que no son guiados por otro y no se someten a alguien que pueda, según Dios, socorrerlos y darles una mano. ¿Acaso no se dirigía a todos los hermanos aquel demonio que el santo vió un día llevando todas sus maldades en frascos? ¿No se las presentaba a todos? Pero cada uno de ellos, sintiendo el engaño, corrió a revelar sus pensamientos y encontró consejo en el momento de la tentación, de suerte que el Maligno no pudo hacer nada con ellos. Y no encontró más que a ese desdichado hermano que confiaba en sus fuerzas y no recibía ayuda de nadie. Se burló de él y se retiró agradeciéndole y maldiciendo a los demás. Cuando más tarde contó el hecho a san Macario mencionando el nombre del hermano, el santo corrió hacia él y encontró la causa de su caída. Percibió que el hermano no quería confesar su falta y no tenía el hábito de abrirse. Por eso el enemigo podía hacerle dar vueltas a su gusto. El santo le preguntó: *¿Cómo estás, hermano? Bien, gracias a tus oraciones. ¿No te dan guerra los pensamientos? Por el momento estoy bien*. No quería confesar hasta que el santo, hábilmente, le hizo abrir su corazón. Entonces lo fortificó con la palabra de Dios y regresó. El enemigo retornó, según su costumbre, con el deseo de hacerlo caer, pero se sorprendió pues lo encontró sólidamente afirmado y no pudo engañarlo. Se fue pues, sin haber logrado nada; humillado por ese hermano. Al tiempo, el santo preguntó al diablo: *¿Cómo está ese hermano amigo tuyo? Este lo maldijo, no tratándolo ya de amigo sino de enemigo, y diciéndole: El también se ha separado de mí y no me escucha más; se ha convertido en el más feroz de todos*.

<sup>3</sup> Apoteg. MACARIO 3 PG 65, 261-264.

66. Ven, hermanos: el enemigo detesta la palabra de seguridad porque continuamente busca nuestra perdición. Pueden ver también por qué ama a aquellos que tienen confianza en sí mismos: porque colaboran con el diablo, tendiéndose lazos a sí mismos. Por mi parte, no conozco ninguna caída de un monje que no haya sido causada por la confianza en sí mismo. Algunos dicen: *el hombre cae por esto, cae por aquello*. Pero yo, repito, no conozco caída que no tenga aquello por causa. ¿Ves a alguien caer? Sabe que él se dirigió a sí mismo. Nada hay más grave que dirigirse a sí mismo, nada más fatal.

Gracias a la protección de Dios yo siempre he evitado ese peligro. Cuando estaba en el monasterio, (de abba Séridos), confiaba todo al anciano, abba Juan, y nunca admití hacer cosa alguna sin su consejo. Tal vez el pensamiento me dijera: *¿El anciano no te dirá tal cosa? ¿Para qué importunarlo?* Pero yo replicaba: *Anatema a ti y a tu discernimiento, a tu inteligencia, a tu prudencia y a tu ciencia. Lo que tú sabes, lo sabes por los demonios*. Me iba entonces a consultar a abba Juan y a veces sucedía que su respuesta era precisamente la que yo había previsto. Entoncés mi pensamiento me decía: *¿Y bien, qué? Es lo mismo que te había dicho yo. ¿No has molestado al anciano inútilmente?* Y yo respondía: *Sí, ahora está bien, ahora esto viene del Espíritu Santo. Pues lo que viene de ti es malo, viene de los demonios, de un estado apasionado*.

Así nunca me permití seguir mi conciencia sin tomar consejo. Y créanme, hermanos, vivía yo en gran paz y en una despreocupación tal, que llegué a inquietarme, pues sabía que *es por muchas tribulaciones cómo entraremos en el reino de Dios* (Hch 14,22). ¡Y yo me encontraba libre de tribulación! Sentí temor y sospechas al no conocer la causa de tal paz, hasta que el anciano me lo aclaró diciendo: *No te preocupes. El que se entrega a la obediencia de los Padres, posee esa paz y esa despreocupación*.

67. Presten atención también ustedes, hermanos, y aprendan a consultar y a no fiarse de su propio juicio. Conozcan qué despreocupación, qué alegría, qué paz se encuentra en ello.

Pero como les dije que nunca fui probado, escuchen, hermanos, lo que me sucedió una vez. Estando un día en el monasterio (de abba Séridos) fui asaltado por una tristeza inmensa e intolerable. Estaba tan abatido y decaído, que hubiese entregado el alma. Ese tormento era un lazo de los demonios y semejante prueba viene de su envidia; es muy penoso pero de corta duración: pesado, tenebroso, sin consuelo ni paz, rodeado de angustia y opresión. Pero la gracia de Dios viene rápidamente al alma, si no nadie podría soportarlo. Presa de tal prueba y peligro estaba un día en el patio del monasterio, descorazonado y suplicando a Dios que viniese en mi ayuda. De pronto, echando un vistazo en el interior de la iglesia, vi penetrar en el santuario a alguien que tenía aspecto de obispo y estaba vestido de armiño. Yo nunca me acercaba a un extranjero sin necesidad o sin un orden. Pero algo me atrajo y avancé. Permaneció largo rato allí delante, las manos extendidas hacia el cielo. Yo estaba detrás

suyo, rezando con mucho temor, pues su vista me había llenado de zozobra. Cuando cesó de orar, se volvió y vino hacia mí. A medida que se acercaba yo sentía alejarse de mí la tristeza y el miedo. Parado ante mí, extendió su mano hasta tocar mi frente y la palmeó con sus dedos diciendo: *No he cesado de esperar en el Señor, El se inclinó y escuchó mi grito. Me levantó de la fosa fatal, de la charca fangosa; afianzó mis pies sobre roca y aseguró mis pasos, me puso en la boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios* (Sal 39, 2-4). Tres veces repitió estos versículos y me palmeaba en la frente. Después se fue. Enseguida mi corazón se llenó de luz, de alegría, de consuelo, de dulzura: ya no era el mismo hombre. Salí corriendo en su busca pero no lo encontré: había desaparecido. Desde entonces, por la misericordia de Dios, no recuerdo haber sido atormentado por la tristeza o el temor. El Señor me ha protegido hasta hoy gracias a las oraciones de los santos ancianos.

68. Les he contado esto, hermanos, para mostrarles cuánta despreocupación y qué paz gozan con toda seguridad aquellos que no ponen la confianza en sí mismos, sino que en todo se dirigen a Dios y a aquellos que los pueden guiar según Dios. Aprendan también ustedes, hermanos, a aconsejarse, a no fiarse de ustedes mismos. Eso es bueno, es humildad, paz, alegría. ¿Para qué atormentarse en vano? No es posible salvarse de otra manera.

Pero puede ser que se pregunten qué debe hacer aquel que no tiene a quién pedir consejo. De hecho, si alguien busca sinceramente, de todo corazón, la voluntad de Dios, Dios no lo abandonará jamás y lo guiará en todo según su voluntad. Así, si alguno dirige su corazón hacia la voluntad de Dios, Dios iluminará hasta a un niño para hacérsela conocer. Pero si por el contrario no busca sinceramente la voluntad de Dios, podrá consultar a un profeta: Dios pondrá en boca del profeta una respuesta conforme a la perversidad de su corazón, según palabras de la Escritura: *Si un profeta habla y se equivoca, soy yo el Señor quien lo hace equivocar* (Ez 14,9). Por eso debemos con todas nuestras fuerzas, dirigirnos según la voluntad de Dios y no confiarnos en nuestro propio corazón. Si una cosa es buena y nosotros osmos decir a un santo que es buena, debemos tenerla por tal, sin creer por eso que sabemos cómo hacerla o pensar que la hacemos bien. Debemos hacerla lo mejor que podamos y luego volver a aconsejarnos nuevamente para cerciorarnos de haberla hecho bien. Después de lo cual no debemos quedarnos totalmente tranquilos, sino esperar el juicio de Dios, como el santo abba Agatón, a quien le preguntaron: *Padre, ¿tú temes también?* Y respondió: *Yo hago lo que puedo, pero no sé si mis obras han agradado a Dios. Pues uno es el juicio de Dios y otro el de los hombres*<sup>4</sup>. Que Dios nos proteja contra el peligro de fiarnos de nuestro propio juicio y que nos conceda seguir fielmente el camino de nuestros Padres.

<sup>4</sup> Apoteg. AGATON 29 PG 65, 117B. Este apotegma también está citado en el n.37, acerca de la humildad.